

venecidos; y por consiguiente, una novedad formada de todas las creencias y de todas las supersticiones judías y paganas, que no habian sido á su vez más que novedades. Segun el célebre embustero Dupuis, hemos tomado tambien de la astrología de los caldeos, de las teogonías de los persas, de los indios y de los egipcios, y de los cultos de los griegos y de los romanos, nuestros misterios, nuestros ritos, nuestras leyes y nuestros sacramentos.

Hay seguramente algo de parecido en el Cristianismo, porque, segun la bella espresion de santo Tomás, la ley del Evangelio se hallaba en la ley de Moisés, como el árbol entero se encuentra en su semilla, y la cosa más perfecta en la ménos perfecta: *Lex nova continetur in lege veteri, sicut arbor in semine; sicut perfectum in minus perfecto*; y por tanto, no son dos religiones diferentes, sino una sola y una misma religion en el estado de principio, de figura y de profecía en los antiguos tiempos, y en el estado de complemento, de perfeccion y de realidad en la plenitud de los tiempos.

Hállanse tambien, sin duda, huellas y analogías de los misterios y de los ritos cristianos en los cultos paganos; pero, segun veremos muy pronto, esto consiste en que el paganismo no es en el fondo otra cosa que la verdadera y única revelacion de Dios, corrompida posteriormente por la razon, y por las pasiones de los hombres. Así, pues, léjos de haber robado nada el catolicismo al paganismo, ha sucedido lo contrario: el paganismo ha robado al Cristianismo, quitándole todo lo que él ha conservado de verdadero y racional.

Por lo que hace al catolicismo, una vez establecido en el mundo, desde el origen del mundo, jamás ha abandonado el mundo, sino que, bajo dos formas diferentes, se ha conservado siempre el

mismo con sus creencias más ó ménos desarrolladas, con sus sacramentos más ó ménos eficaces, con sus ritos y sus leyes más ó ménos perfectas, pero siempre los mismos. De manera, que el verdadero y el primer cristiano católico, apóstolico, romano, fué Adam; y el catolicismo no es, sobre todo, la única religion verdadera, sino porque, abrazando á toda la humanidad por su universalidad, se remonta por su *antigüedad* hasta el Dios que la reveló al hombre al crear al hombre.

Finalmente, no hay cuestion alguna entre los partidarios de la religion llamada *natural* y los partidarios de la religion revelada, que no sea una cuestion de antigüedad. En sus ataques impíos contra toda revelacion, los filósofos del primer orden parten de esta doctrina: «En materia de religion, estando contenido lo verdadero en lo antiguo, y no siendo nada antiguo, sólo por serlo, sea ello lo que quiera, más que lo que está *en su naturaleza*, que depende de su naturaleza, y que constituye su naturaleza, ninguna religion es ya verdadera sino la religion natural; y por el contrario, estando toda revelacion fuera de la naturaleza humana y siendo *posterior* á esta naturaleza, puede sospecharse que es una invencion del hombre más bien que una manifestacion de Dios, y por lo mismo no es ni puede ser la verdadera religion».

Esta doctrina es soberanamente errónea, pues niega impertinentemente lo que, segun demostramos en la primera parte de los *Preámbulos*, es evidentemente verdadero, á saber: Que la religion revelada, por lo mismo que se llama *sobrenatural*, es la más conforme á la naturaleza del hombre, que Dios no ha querido colocar, como podia hacerlo, en estado de PURA NATURALEZA, sino elevar al orden *sobrenatural*; que dicha religion se halla en las relaciones más íntimas y más necesarias con la naturaleza del

hombre, no tal cual podía ser, sino tal cual es, porque sólo por ella puede el hombre llegar á su perfeccion, que es el fin propio de todos los séres; que fué revelada al hombre al mismo tiempo que fué creada, no sólo cuerpo vivo por su union con el alma, sino tambien ALMA VIVIENTE: *In animam viventem* (*Gen.*, II, 7), por el conocimiento y la posesion de toda verdad; y que, por tanto, esta revelacion no es *posterior*, sino anterior al hombre y más antigua que el hombre, puesto que el hombre fué formado con ella y en ella. Pero aparte del error de la negacion de estas verdades, hé aquí hasta los llamados naturalistas, los más implacables enemigos del Cristianismo, completamente de acuerdo con todos los pueblos paganos, con todos los jefes de herejias, con la humanidad toda, y por razon de su misma negacion, reconociendo y proclamando ellos tambien el gran principio de que: «el primer criterio, el signo característico de la verdadera religion, es su antigüedad; de que en materia de religion se progresa retrocediendo, remontándose á su origen, y de que toda novedad es un error».

En este mismo signo de la antigüedad, en el cual la humanidad ha reconocido siempre y en todas partes la verdadera religion, ha reconocido tambien la verdadera filosofia y el verdadero derecho público. Los antiguos egipcios decian á los griegos por el órgano de su gran sacerdote: «Sois unos niños; no hay entre vosotros ninguna ciencia DE CABELLOS BLANCOS. *Vos pueri estis, nulla scientia cana apud vos est.*» (*Ab. Clem. Alexandr.*) Lo cual era lo mismo que decirles: «Todo es nuevo, y por consiguiente falso todo entre vosotros; porque toda ciencia que no es *antigua* no es la verdad, sino el remedo, el oropel, la falsificacion de la verdad y la verdad del error».

Los dos sabios más célebres entre los mismos griegos, Platon y Aristóteles, tributaron tambien un homenaje á esta misma verdad. En pasajes muy notables que, en momentos *de intervalos lúcidos*, escribieron, como testigos de la tradicion más bien que como fabricantes de filosofia, y que hemos citado en nuestras *Conferencias*, declararon «haber aprendido su filosofia solamente en la escuela de los antiguos, y que en materia de ciencia de lo verdadero, debe siempre ser preferido lo antiguo á lo nuevo». Demasiado cierto es que no siempre siguieron ellos mismos esta regla, que en los términos más formales habian inculcado á los demás; que siguieron bastante lo *nuevo*, y que esta es la parte errónea y funesta de su ciencia. Pero no es ménos cierto que al presentar como doctrinas antiguas los sueños monstruosos de su imaginacion particular, pensaron darles un carácter de verdad y recomendarlos poderosamente á la aceptacion pública, cuando no hicieron otra cosa que demostrar más y más el pensamiento constante y universal de los hombres, de que las viejas doctrinas valen más que las nuevas, y de que la antigüedad es el carácter propio de la verdad.

Ciceron explica la razon de la preferencia que, en todo lo relativo á las ciencias del orden metafísico, la humanidad concedió siempre á los antiguos sobre los modernos. «Los antiguos, dice, tuvieron por padres á los dioses mismos: *Quippe qui ex diis geniti.*» ¡Cuán bellas y magníficas palabras! Esto es reconocer que los primeros hombres tuvieron por preceptor al mismo Dios, y que habiendo bebido sus creencias en la fuente de toda verdad, que es Dios, necesariamente debieron obtenerlas más puras de toda mezcla humana, y por tanto más verdaderas.

Varron dice, tambien segun Ciceron: «Los platónicos apren-

»dian en la escuela de la naturaleza la primera parte de su filosofía relativamente á la moral, y sostenian que sobre este asunto no se debe escuchar á los hombres, sino á la naturaleza: »*Platonici primam philosophiæ partem bene vivendi a natura petebant eique parendum esse dicebant*». (VARRO, *apud Cicer.*, *Lib. I, Acad.*) Ahora bien, sabido es que los antiguos filósofos, cuando hablaban como teólogos ó como intérpretes de la tradición bajo el nombre de naturaleza, entendian por naturaleza su Autor, esto es, Dios. Varron, pues, al afirmar que la moral platónica, de que era entusiasta, se remontaba hasta Dios, reconoce tambien que en moral, lo verdadero es y debe ser divino y no humano, antiguo y no nuevo, y que en las ciencias que más interesan á la humanidad, las palabras antigüedad y verdad son sinónimas.

Sabido es que, segun san Pablo (*Rom.*, I, 5.), las relaciones contra natura de dos sexos, eran uno de los vicios más comunes en los antiguos filósofos, y que el mismo Sócrates, su patriarca y su maestro en la filosofía de las costumbres, habia, segun el testimonio de Cornelio Nepote, dado en tan horrible esceso: *Alcibiades amatus a multis imprimisque a SOCRATE, MORE GRÆCORUM. (In Alcib.)*

Así, pues, no en el cielo, sino en el infierno, no en Dios, sino en Satanás tomaron los filósofos griegos su moral. ¿Cómo, pues, han llegado á propagar y acreditar esta horrible violacion de las leyes de la naturaleza, hasta el punto de hacerla considerar como la cosa más natural *MORE GRÆCORUM*, y aun como la cosa más honrosa? Porque en Esparta ciertas relaciones con mancebos, prohibidas por la ley á los esclavos, sólo eran permitidas á los hombres libres, á los nobles, como un privilegio de la grandeza del mérito y del mérito de la grandeza. Y esto se hacia apo-

yándose en la antigüedad y haciéndolo pasar como una doctrina y una práctica antigua. ¿No escribió Ciceron el pasaje siguiente, en el cual lo repugnante de la cosa crece por el repugnante cinismo de las palabras? « Por mi parte, ningun escrúpulo tengo en amar á los mancebos, puesto que los ANTIGUOS FILÓSOFOS nos autorizan á ello con sus doctrinas y con sus ejemplos: *Nos, probantibus ANTIQUIS PHILOSOPHIS, adolescentulis delectamur.*» (*De Nativitate Deor.*) Plutarco, el austero Plutarco, dice tambien: « Cuando veo la invencible repugnancia que padres de familia muestran á dejar que sirvan para ciertos usos sus hijos, me temo que han de tener mucha razon. Pero cuando recuerdo que Sócrates, que Platon, que Ciceron, etc., hicieron esto, lo cual no les impidió llegar á la sabiduría, me tranquilizo y sigo su ejemplo».

Por el mismo medio consiguieron los filósofos de la antigua Persia, de la India y de la China mantener la doctrina de los dos principios: el panteismo, el materialismo, todos los horrores y las abominaciones de su filosofía: presentáronlos como dogmas de la más remota antigüedad, hicieron remontar su origen á los dioses y á los primeros hombres engendrados por los dioses, *ex diis geniti*, y de este modo tuvieron bastante ascendiente para trasformarlos en verdades, á las cuales hay que sujetarse y someterse ciegameute. ¿Cuál no será, pues, la importancia que los hombres atribuyen á la antigüedad de las doctrinas, aun á las puramente filosóficas, cuando los filósofos mismos han esperado siempre poder acreditar, y han acreditado, en efecto, los mayores absurdos, los vicios más abominables, disfrazándolos solamente con una máscara antigua!

La opinion de la humanidad entera no es diferente en lo que respecto al derecho social la política y la ciencia del Estado. Los

pueblos han creído siempre y en todas partes que la salud del país dependía de su fidelidad en conservar sus instituciones antiguas; siempre y en todas partes el *derecho consuetudinario* ha tenido fuerza de ley y sido más religiosamente respetado que las mismas leyes positivas; siempre y en todas partes los Catilinos y los Gracos, los novadores, los intrigantes políticos, han sido mirados como pájaros de mal agüero, como enemigos públicos de que la sociedad debía librarse cuanto antes castigándolos severamente; siempre y en todas partes el mayor de los crímenes después del sacrilegio fué la rebelión, y la rebelión no es otra cosa que un atentado contra la *antigua* constitución del Estado.

Muchas veces los pueblos han sido engañados y conducidos á apoyar cambios políticos que les han perdido; pero haciéndoles creer siempre que los poderes públicos destruían ú hollaban las *antiguas* formas del gobierno, y que la insurrección era sólo un medio como otro cualquiera para restablecerlos.

En la antigua Roma, todo lo que ofrecía el aspecto de una novedad política, era mirado con desconfianza y aun con horror, no sólo por los sabios, sino por el pueblo mismo, que, sin embargo, en lo restante tan fácilmente se apasiona por lo nuevo.

La objeción más fuerte que la famosa LEY MANILIA encontró en el Senado, fué su novedad. Esta ley confería á Pompeyo el mando sin fiscalización de todas las fuerzas de tierra y mar de la república. «Nunca en Roma, decían Cátulo y Hortensio, los más grandes hombres de estado de aquel tiempo, nunca en Roma se ha visto ni practicado cosa semejante. Jamás el pueblo romano ha dado á un solo individuo irresponsable un poder tan grande.» Por esta sola razón la ley estuvo á punto de ser deseñada. Y cuando, ménos por el inmenso talento que Cicerón em-

pleó para defenderla (*Oratio pro LEGE MANILIA*), que por las poderosas intrigas de un partido, la ley fué adoptada, por una pequeña mayoría, los mismos personajes se retiraron diciendo en alta voz: «Salgamos de un Senado que acaba de destruir la antigua república, introduciendo en ella la tiranía».

Durante siete siglos todo se hizo en esta célebre república con arreglo á las máximas y á las costumbres de los antiguos: *more majorum*. La sentencia que decía: «Nada se cambie: *Nihil innovetur*», era la ley fundamental de su derecho público, y sólo por su conformidad con esta ley suprema el pueblo romano juzgaba de la utilidad de las demás leyes, lo cual hizo decir al poeta: «La república romana debe su grandeza, su fuerza y su estabilidad á las costumbres antiguas, y á los personajes de la antigua sabiduría: *Moribus antiquis Res stat romana, vigetque.*»

Montesquieu ha dicho que «Roma era un navío de dos áncoras: la religión y las costumbres». Ahora bien, la religión no es otra cosa que el conjunto de las tradiciones conocidas, así como las costumbres son las tradiciones convertidas en obras y en hábitos. La antigua Roma no vivió, pues, ni creció más que por su fidelidad á las tradiciones de sus antepasados; y sólo cuando las cambió por las novedades de los pueblos conquistados, fué cuando, habiendo perdido sus áncoras, el navío zozobró.

Lo mismo sucede con los romanos de nuestros días, que son los ingleses. Toda medida legislativa que no está en la letra ó al ménos en el espíritu de la antigua constitución del país, encuentra allí una invencible oposición, no sólo en el seno del parlamento, sino también en los sentimientos del pueblo. John Bull quiere ser libre, rico, feliz, aun á costa de la libertad, de la riqueza y de la felicidad de todos los demás pueblos; pero siempre á la ma-

*nera antigua* y según los *antiguos* usos del país. Igualmente, toda decisión de los magistrados, por injusta y monstruosa que sea, es con seguridad aceptada sin la menor reclamación, con tal que tenga un *precedente* en la antigua jurisprudencia. Todo en ese país singular es bueno y honroso, siempre que tenga *precedentes*, y nada lo es si es enteramente nuevo.

Esto mismo se ha visto por lo demás, y se ve en todas partes. *Las decisiones de la santa Rota romana*, así como *las del Tribunal de Casación* en Francia, forman jurisprudencia, forman ley, y nada es más respetado, y aun diría casi más sagrado, en todos los tribunales del mundo, que la *autoridad de los precedentes*.

Por último, ¿qué es lo que, aun en nuestros días, cierra tan obstinadamente la puerta á la civilización cristiana en la China, en el Japon, en todos los pueblos paganos, sino el temor de que el contacto con los extranjeros altere, cambie las instituciones religiosas, políticas y civiles, y los usos y costumbres del país? Hágase y dígase lo que se quiera para probarles la superioridad y las ventajas de las ideas europeas: ni la fuerza de la razón, ni la razón de la fuerza consiguen nada. «Es extranjero, dicen: luego es nuevo, luego es falso, luego es bárbaro, y no le queremos.»

Así, pues, la desconfianza, el temor á todo lo nuevo en materia de religión, de ciencia y de política, son sentimientos comunes á todos los pueblos antiguos, bárbaros y civilizados, en una palabra sentimientos comunes á toda la humanidad. En este punto la susceptibilidad es estremada. Lo nuevo la hiere profundamente, la aterra, la escandaliza, tanto como lo antiguo la atrae, la halaga, la edifica y la obliga al respeto y á la sumisión.

Veamos lo que sucede al genio mismo.

El genio no es grande, poderoso, brillante ni admirado, no es

GENIO, en fin, sino en tanto que reasume en sí las creencias universales ó *antiguas* de la humanidad, que son el reflejo del pensamiento del Dios creador, y las creencias universales ó *antiguas* de la Iglesia, que son el reflejo del pensamiento del Dios redentor. No es GENIO sino en tanto que, haciéndose evangelista é intérprete de estos pensamientos, de estas palabras divinas, las explica, las anuncia, las defiende, las vengas, las afirma. No es GENIO sino en tanto que rodeándolas de nuevas luces, de nuevas formas, de nuevas gracias, de nuevos atractivos, capaces de hacerlas aceptar, de hacerlas amar, de hacerlas reinar, no altera la virginidad original, y las conserva el carácter venerable, el sello divino de su nobleza, de su naturaleza, que consiste en la antigüedad de su origen. Entónces, y solamente entónces, es fuerte con la fuerza de arriba, y casi diría que con la fuerza del mismo Dios, de quien se hace, en cierto modo, gran sacerdote autorizado con su autoridad, brillante con su brillo, grande con su grandeza y bello con su belleza.

Pero desde el instante en que, cambiando lo antiguo por lo nuevo, y abandonando las creencias de los siglos para fijarse en opiniones nacidas de él, en él ó cerca de él, se aísla de la comunidad de los hombres y de la familia de los fieles, se atrinchera en sí propio, no depende ya más que de sí mismo, y no es otra cosa que una individualidad de ayer para desaparecer mañana: su prestigio se borra, su grandeza se disipa, su luz se eclipsa, se marchita su gloria y se desvanece su autoridad. Nuevo Caifás rasgando su túnica doctoral, él mismo se despoja de su dignidad de PONTÍFICE DE LA CIENCIA, DE LUZ DE LOS HOMBRES. Desciende de las alturas en que Dios le había colocado en la gerarquía de las inteligencias para confundirse con la multitud de los imbéciles; se

rebaja, se degrada, se suicida, se aniquila. Desdénasele, se le desprecia, y aun se huye de él como de un apóstata de la humanidad, como de un excomulgado de la Iglesia. Y según se ha visto en París, no ha mucho tiempo, con motivo del entierro de uno de esos grandes genios suicidados (Lamennais), en su muerte sólo los sentimientos blasfematorios y los gestos afrentosos del error, el silencio lúgubre de la verdad y los juicios severos de la historia, hacen su oración fúnebre y los honores de su tumba.

Así es como la humanidad entera ha protestado y protesta siempre contra toda novedad religiosa, filosófica y política, tributando y rindiendo homenaje á la verdad de esta doctrina: «Lo nuevo en religion, es la herejía; en filosofía, el absurdo, y en política, la revolucion».

El segundo argumento en favor de la misma doctrina resulta de la historia de la VERDAD que trazamos en nuestro *Tratado de los preámbulos de la filosofía*. Decimos en esta historia, que Dios, al crear al hombre, según la *Biblia*, le reveló desde el primer instante todo lo que debía saber para vivir en el orden espiritual igualmente que en el orden físico.

Y no podía suceder otra cosa. No se podría comprender á Dios creando el hombre, sin comprenderlo también revelándose al hombre é inspirando al hombre; sin esta revelacion, el primer hombre hubiera muerto de hambre ántes de haber podido adivinar que tenía su pan en el trigo, y en los frutos de los árboles, esceptuando uno solo, toda especie de alimento. Y él y todo el género humano hubiera permanecido, dice santo Tomás, en las *sombras de la muerte*, en las tinieblas más densas de la ignorancia, aun respecto de la primera de todas las verdades y la más accesible á la razon: la existencia de Dios ántes de haber podido al-

canzarla por su razon: *Remaneret humanum genus in maximis ignorantiae tenebris, si sola rationis via ad Deum cognoscendum pateret.* (*Sum. contr. Gentes*, Lib. I, C. 4.)

Sin embargo, nótese que Dios no ha revelado al hombre el mundo espiritual de la misma manera que el mundo corporal. Le indicó los principales alimentos y los medios de proporcionárselos, le enseñó la virtud de ciertas plantas, el uso que debía hacer de ciertos animales, la existencia de ciertos metales en las entrañas de la tierra, y las ventajas que podía sacar de ellos (1). En una palabra, le descubrió gran número de secretos de los tres reinos de la naturaleza y la manera de utilizarlos, relativamente á su alimentacion, á su conservacion y á su bienestar. Pero no pasó adelante la enseñanza del Dios PRECEPTOR DEL HOMBRE (*Isa.*, XXX, 20), en lo que respecta al conocimiento del mundo material, del mundo físico. No siendo en manera alguna necesario saberlo todo para que el hombre alcance su fin, Dios, dice la Sagrada Escritura, le ha dejado ignorar muchas cosas, ha entregado este mundo á sus investigaciones, á sus disputas, como un enigma que adivinar sin que jamás pudiera llegar á comprender la naturaleza de los cuerpos, la causa del movimiento de las armonías del universo, los

(1) En los *Preámbulos* se ve al mismo Ciceron afirmando, que en vano la Naturaleza (Dios) habia creado los metales, si no hubiese revelado su existencia, pues sin esta revelacion el hombre nunca hubiera sospechado que la tierra encerraba en sus profundidades sustancias tan preciosas y tan útiles. Así es como, apoyado en el testimonio de la tradicion, este filósofo pagano reconoció la verdad de uno de los hechos asegurados por la *Biblia*. Pues en el capítulo IV del *Génesis* se dice que todas las artes en que se emplean el bronce y el hierro eran conocidas desde el principio del mundo en la familia de Cain, como igualmente el arte del pastor y la música. *Fuit autem Abel pastor ovium, et Cain agricola... Jubel ipse fuit pater canentium cithara et organo. Tubalcain fuit malleator et faber IN CUNCTA OPERA ERIS ET FERRI.* (*Gén.*, IV, 2, 20, 21.)